

El Juego (The Game)

Emily Joyce

Era casi de mañana pero ya hacía sol y un día caliente empezó. Carlos sudaba y estaba agotado pero no quería mostrar sus debilidades. El indígena joven cayó en picado para agarrar la pelota y la golpeó con su codo. No quería admitirlo, pero ese niño era muy talentoso. El volaba en la cancha fácilmente, mientras Carlos jadeaba. Pero no es solamente un juego, le recordó Carlos, recibías un premio por ganar.

En los meses previos, Carlos llegó a ese mundo extranjero con su equipo de exploradores para conquistar esta tierra para España. Los españoles no anticipaban tantas dificultades con la población indígena. Desde su llegada, había violencia y enfermedades entre los españoles y los salvajes. A Carlos no le gustaba la gente indígena, eran sucios e incivilizados. Encontró ese muchacho quien hablaba un poco español y Carlos planeaba usar el niño para su propia ventaja. Quería información sobre la tribu del niño para que los españoles pudieran dominar al líder. Carlos necesitaba estos indígenas para encontrar la más valiosa cosa en todo el mundo— la fuente de juventud. Vivir sin muerte, sin edad o enfermedades, este era el sueño de Carlos. Desafortunadamente, el muchacho no era un tonto y rehusó hablar sin un juego de pelota. Carlos aceptó el desafío con ese salvajito porque él estaba desesperado por encontrar información de la fuente de la juventud. Los dos apostaron en el juego y por eso no era solamente un partido, era una oportunidad para Carlos vivir por una eternidad y encontrar la fuente de la juventud finalmente.

La pelota rebotó en la pared y Carlos usó su cadera para tirarla hacia la meta. Por casualidad, la pelota atravesó el círculo de piedra. Carlos suspiró con alivio pero su expresión

cambió cuando él vio al chico. No le parecía derrotado, cansado, o triste. Su cara tenía una sonrisa resuelta y el chico estaba listo para cazar su presa como un predador. Para el niño, el desafío había empezado. Desde el primer momento en el juego, Carlos había tenido miedo de ese diablito. Los marcadores eran iguales: dos para Carlos y dos para el muchacho. Carlos perdía su confianza mientras el niño veía a su oponente como un animal vería carne. Había silencio completo y alrededor de los jugadores había un estadio enorme sin espectadores. Carlos necesitaba distraer al niño. Ofreció su collar con la cruz de oro: “¿Para ti, muchacho! ¿Lo quieres? ¿Qué bonito!” En ese momento la cara del niño cambió y él rió. Su risa hizo un eco en la cancha y Carlos perdió toda esperanza. Con un movimiento rápido, el chico usó su cabeza y la pared para meter el último gol. Con más risa, el chico se acercó a Carlos quien estaba muy sorprendido. El diablito sonreía, y Carlos le dio la espada como prometió. El chico salió con su juguete nuevo y Carlos escuchó la risa inquietante del salvajito.